

de la vida humana, y yo no podía contrarrestar con la voluntad del Altísimo. Escrito estaba que á pesar de todo, yo había de ser un criminal famoso. ¡Dios perdone mis feos delitos, y me otorgue su gracia infinita!!!

LA CARTERA DE REGINO.

Cuarta Parte.

Acompañábanos en la navegación un caballero de edad proveccta, que iba empleado á la Habana. Llevaba consigo una hija de once años, Clemencia por nombre, que era el candor mismo personificado. Su belleza angelical, la suavidad de sus miradas, la intensidad de su amor filial, hacían de ella un ser encantador, que atraía y arrobaba involuntariamente. Muy pronto se aficionó á Refugio aquel ángel, y ambas entablaron una amistad tan estrecha, que á los pocos días de viaje, parecían dos hermanas que se amaban con extraordinaria ternura. Aquel buen señor, que se figuraba, con la mejor fe del mundo, ver en Refugio y en mí dos jóvenes hermanos, hijos del buhonero convertido en negociante, nos cobró singular cariño, y nos miró cual si fuéramos sus propios hijos. ¡Infeliz! Ignoraba una tremenda verdad, que le habría horrorizado, si hubiese estado á sus alcances. Al ponerse en contacto conmigo, su infausta suerte y la de su hija

quedaban decretadas y fijadas irrevocablemente en los arcanos del destino, porque estaba visto que yo había nacido para la desgracia, y en ella había de envolver necesariamente á todos cuantos tuviesen alguna relación de afecto ó benevolencia hacia mí. A poco tiempo vi convertidas en realidad espantosa, las que antes fueran vagas conjeturas.

Cuarenta y dos días habían transcurrido desde nuestro embarque en Santander, á bordo del "Jovial." Eran las seis de la mañana, y aprovechándonos de la suave y deliciosa frescura de la atmósfera, tomábamos nuestro ligero desayuno, que consistía en café y galletas, sobre el caramanchel. Previamente en la tarde anterior, el padre de Clemencia nos había dado las más singulares muestras de su cariño y afición tierna y benévola. Nos había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas de felicidad, ofreciéndonos todo su influjo y valimento para favorecernos. El buhonero, para quien todo esto era absolutamente indiferente, escuchaba y aparentaba consentir en lo que oía, tan sólo porque no pareciese que daba poca importancia, ó no sabía el modo de sostener el simulado carácter que iba representando. Durante el desayuno, habíamos anudado el hilo de la conversación de la víspera. Jamás vi tan cerca los encantos de la vida social. Jamás había

concebido tan viva y ardiente, la fe de un porvenir venturoso y rodeado de placeres y de virtud. Por entonces no me pareció conveniente revelar mis relaciones y los sucesos de mi vida anterior á aquel caballero, que nos daba tan señaladas pruebas de su bondad. Estoy seguro de que no nos habría amado menos por semejante franqueza, y acaso nos habría facilitado los medios de legitimar nuestra unión ilícita y criminal. Considerándonos como á hijos, pues se había empeñado en que le mirásemos como á nuestro padre, todo debíamos esperarlo de su generosidad y ternura. Ninguna parte tomaba el buhonero en nuestras pláticas, y yo, con el transcurso del tiempo, he llegado á persuadirme que nuestro nuevo protector no creyó en manera alguna, poco antes de saberlo de cierto, la supuesta paternidad de aquel hombre, aunque al principio lo hubiese tratado como á tal.

—¡Vela á sotavento!, gritó desde el tope el marinero que había subido á hacer la descubierta.

En el instante mismo desaparecieron todos los platos, tazas y cafeteras que habían servido para el desayuno. Todo se puso en el mejor orden y arreglo, mientras que el capitán subía, con extraordinaria violencia, á colocarse en el puesto del marinero que hizo el anuncio.

El "Jovial" era un buque armado en corso y mercancía. Tenía, por tanto, todas las apariencias de un buque de guerra. Marinería valiente y numerosa, armas en muy buen estado, y un capitán intrépido y resuelto. La guerra de independencia que sostenían las dos Américas, contra su antigua metrópoli, había sembrado el mar de una multitud de embarcaciones, que hacían una hostilidad terrible al comercio español. Pocos eran los barcos que se atrevían á emprender la travesía, sin hallarse escoltados de los convoyes frecuentes que iban y venían. Los Estados Unidos abiertamente, y la Inglaterra con la simulación pérfida que acostumbra siempre, protegían á los insurgentes, y les facilitaban recursos de dinero, armas y embarcaciones, con tal de que permitiesen á sus protectores hacer el más criminal y escandaloso contrabando. Rara vez salían bien librados los buques españoles, porque además de esta clase de guerra terrible que sufrían, una multitud de piratas, con el falso título de corsarios, y aun con la patente de tales, infestaban las costas y mares, cometiendo inauditos excesos. Panzacola en el golfo mexicano, Walix en el de Honduras, Curazao, S. Tomás, Providencia y otras varias de las Antillas de barlovento, eran las guaridas de los piratas infames que, con el nombre de cor-

sarios, salían al encuentro, no sólo de las embarcaciones españolas, sino de todas cuantas podían pillar y robar, asesinando vil y bárbaramente las tripulaciones y pasajeros, á fin de hacer desaparecer hasta los vestigios del cirmen. Verdad es que no faltaban armadores y especuladores bastante sórdidos y criminales que favoreciesen esta atroz y salvaje especulación, que henchía sus arcas y bolsillos del oro robado en aquel indigno tráfico; pero, en general, los piratas mismos hacían el negocio por su cuenta y riesgo, riesgo que solía ser tan grave, que les costaba nada menos que la cabeza, como sucedía frecuentemente. El bravo capitán del "Jovial" sabía todos estos pormenores, conocía que era peligroso cualquier encuentro, y, en consecuencia, había dictado todas las medidas de precaución y vigilancia.

Todos dirigimos la vista hacia el rumbo marcado por el marinero, y distinguimos allá en los confines del horizonte un punto blanco casi imperceptible.

—Cuartel-maestre, al timón: gritó con la bocina desde arriba el capitán, al cabo de unos cuantos minutos de observación.

Guardamos el mayor silencio. El capitán con la bocina en la izquierda, y en la derecha el antejo, seguía observando y mandando alternativamente. Yo experimentaba un indefinible estupor, porque

un fatal presentimiento había venido á destruir todas mis ilusiones, anunciándome los sucesos de aquella jornada, que jamás se ha borrado de mi memoria.

—Nuestro amo, tome el anteojo, y desde abajo observe usted conmigo, á ver si vamos de acuerdo.

Un viejo marinero tomó el anteojo, y púsose á observar.

—Una goleta... de dos gávias, dijo el contraestre alzando la voz.

—¡Cabal! Una goleta de dos gávias, repitió el capitán.

—Va ciñendo la vuelta de fuera, noroeste, cuarta al norte.

—Bien: derriba, timonel, hasta donde pueda dar. Marque usted nuestro amo, sur-oeste, cuarta al sur.

—Esto ya será huir declaradamente, y no conviene.

—Hágase lo que mando, ¡voto va! ¿No ve usted que si es pirata ó corsario, no porque sigamos paralelos, dejará de perseguirnos, si creyese que es capaz de darnos caza? En estos lances, vivir adelantado es lo mejor.

—Es verdad, murmuró el contraestre, y dió las órdenes convenientes. El buque obedeció perfectamente al timón, y con eso ya no seguimos el mismo rumbo que la embarcación sospechosa, que comenzábamos á ver perfectamente. Seguimos guardando silencio, y los dos in-

terlocutores lo guardaron igualmente por más de un cuarto de hora.

—¡Ola! exclamó de repente el capitán: ¡qué tal!

—Sí, repuso el contraestre: ya lo veo. Ha virado en redondo, y ciñe la vuelta de tierra.

En un segundo estaba ya el capitán sobre cubierta.

—¡Ea, muchachos! gritó: apareja á virar. Aunque mi gusto y mi voluntad me dictan que yo espere al enemigo, la prudencia y la orden de los dueños del barco me mandan evitarlo.

Los pasajeros todos comenzamos á sobresaltarnos seriamente. El capitán prosiguió.

—Sí, ó es algún enemigo, ó es buque de la real armada que nos toma por tales; pero yo me atengo á lo primero. Goleta de dos gávias... sola... sin gallardete... ¡eh! no puede ser. Este es corsario ó pirata. Con que ¡listos para virar en redondo!

—Listos: contestaron varias voces.

El capitán tomó la caña del timón.

—Pues, allá va con Dios.

—Venga.

Después de algunos instantes de balance y ruido, siguió el "Jovial" su marcha rápida y segura delante de la embarcación sospechosa.

Esta había comenzado evidentemente

á darnos caza. El capitán mandó soltar todas las velas y los rizos que la fuerza del viento habían obligado á tomar á la mayor y trinquete. Nuestra ansiedad crecía de momento en momento, porque el barco que nos perseguía iba apareciendo más y más, en términos que á las nueve de la mañana se distinguían perfectamente la arboladura, casco y aparejo, lo cual probaba que hacía más camino que el bergantín. Nuestra tripulación hacía extraordinarios esfuerzos para evitar un lance con la goleta; pero éste era inevitable.

A las once del día sobrevino intempestivamente una calma horrible. El bergantín, deprimidas las velas, y sin seguir otro movimiento que el fuerte y molesto que le imprimían las olas, parecía clavado en aquel sitio. La impaciencia del capitán era vehemente; y el terror y sobresalto se veían pintados en la frente de todos cuantos nos hallábamos allí. Por más que habíamos procurado disimular, las dos niñas habían comprendido, al fin, toda la extensión del peligro á que estábamos expuestos, y sus lágrimas y angustias vinieron á aterrarnos y confundirnos.

Entre tanto, la crisis iba acercándose rápidamente. La goleta, á fuerza de remos, se dirigía sobre el bergantín, sin que fuera posible dudar de su intención. ¡Ah,

qué cruel agonía! El capitán concebía alguna esperanza; pero el contra maestre, cada vez que le oía hablar en este sentido, movía la cabeza en ademán negativo, y guardaba silencio.

—¡Vamos!, dijo el capitán. Un hombre al mastelero de proa á observar por donde viene el viento.

Ejecutóse así. Nada se adelantaba en esperanzas. Pasado algún tiempo, dijo el marinero que sentía una ligera fugada por el sud-este.

—Malo, malísimo: murmuró el capitán.

A poco el sud-este se desencadenó con una furia extraordinaria.

Estábamos perdidos, porque la embarcación enemiga nos tomó enteramente el barlovento.

Aun no había certidumbre de que fuese de piratas. Bien podía ser un corsario, en cuyo caso no era seguro que perderíamos la vida cayendo en sus manos.

Reflexionábamos aún en esto, cuando un fagonazo y un diluvio de metralla que cayó á nuestro alrededor, aun mucho antes de que llegase el estampido, nos advirtió de la proximidad del lance definitivo.

—¡Iza bandera!, gritó el capitán.

El pabellón español flotó al momento sobre el mastelero de popa. El enemigo correspondió izando la bandera colom-

biana, acompañada de otra negra en cuyo centro campeaba una calavera y dos canillas en cruz.

—Caballeros, dijo entonces el capitán dirigiéndose á todos los pasajeros, que en número de diecisiete veníamos á bordo. Ese buque es de piratas asesinos y ladrones. La voluntad de Dios no quiere que podamos librarnos de semejante canalla, quizá porque son muchas nuestras culpas. Si nos entregamos á buenas no por eso dejarán de pasarnos á cuchillo á todos, sin excepción. Si resistimos, podemos ganar alguna ventaja en la pelea, y librarnos de una muerte segura é infalible. Conque yo pregunto ahora: ¿nos entregamos ó nos batimos?

—Nos batimos: contestamos todos.

—Bien, me agrada la determinación; pero supuesto que la pobre marinería ha de trabajar más que el resto de la gente que hay á bordo, creo de mi deber dirigirme á vosotros; muchachos valientes! para saber vuestra determinación. ¿Nos batimos, ó nó?

—Nos batimos, señor: respondió á su vez toda la tripulación.

—Ya que tal es la determinación de todos, Dios nos asista y nos perdone, dijo con unción y recogimiento el pobre capitán.

—Amén, contestamos.

Al punto se nos distribuyeron armas

de fuego y blancas, y se arregló y dispuso todo para esperar el abordaje. El capitán había palidecido un instante, pero luego, luego, recobró su serenidad y sangre fría.

Entre tanto, la goleta estaba ya tan cerca de nosotros, que veíamos á toda la gente distintamente. El bergantín continuaba haciendo esfuerzos por huir; y la goleta se empeñaba más y más en darnos caza. Estaríamos á tiro de fusil, cuando el enemigo lanzó sobre nosotros una andanada de tres tiros á metralla.

—¡Zafarrancho! gritó el capitán, y nos pusimos en són de combate.

Las vergas, masteleros y cordajes caían en montón sobre cubierta. Nuestro bergantín hacía destrozos igualmente en el buque enemigo. La metralla barría á unos y otros de una manera pavorosa. La sangre corría á torrentes, sin modo de disminuir las desgracias, porque el combate era ya á toca penoles.

—¡Al abordaje, muchachos!: gritó desde la goleta una voz que me hizo estremecer hasta lo más íntimo del corazón. ¡Dios mío! Aquella era la voz de Frascuito, convertido en capitán de piratas.

Apenas tuve lugar de sentir, no de pensar. Lo goleta y el bergantín se habían unido, entrelazado y confundido en un sólo objeto, direlo así. Los cascos, velas y aparejos crugían en el choque es-

trepitoso, mientras que una multitud de garfios y armas corvas y cortantes se entretregían de una manera terrible y extraordinaria. Los fusiles, pistolas y cañones se deshacían en descargas, á quemá ropa, y el olor de la pólvora, el humo, la sangre, la gritaría, los lamentos de los heridos y moribundos, y el formidable estrépito de las armas de fuego, convertían esta escena en un espectáculo horrible, pavoroso é infernal, á cuya descripción es preciso renunciar del todo, porque es imposible pintar aquella confusión pasmosa, aquella atroz y sangrienta carnicería.

En medio de aquel caos, de aquel desordenado pelotón de gentes que se asesinaban sin misericordia, dejose oír una voz fuerte y entera. Era la de nuestro capitán.

—¿Hay cuartel para los que se rinden?

—No hay cuartel: contestó Frasquito, sembrando su espada en el corazón del que tenía más próximo. Toda la tripulación de la goleta, que era tres tantos más numerosa que la nuestra, quedó enteramente dueña del bergantín. Cesó el estrépito de las armas de fuego, y continuó la pelea, reducidos los pocos que quedábamos á defendernos con puñales y cuchillos de mesa. Yo seguía con la vista á Frasquito, á quien había distingui-

do desde el principio: huía de encontrarme con él.... sin comprender el verdadero motivo, pues que más bien podía esperar que me salvase.

Aquello era horrible no quedábamos sino seis ú ocho personas, y la matanza seguía casi sin resistencia de nuestra parte. Entre ellas, hubo una que hacía prodigios de valor defendiendo su vida con el esfuerzo de un león, y acometiendo al enemigo con la rabia y furor de un tigre. Era el padre de Clemencia. Mal herido, cubierto de sudor y de sangre, distinguíamos sin embargo sus facciones nobles y marcadas al través de aquella nube de horror. Resbalando en la sangre que anegaba la cubierta, y tropezando en los mutilados miembros humanos que la matanza había regado aquí y allí, fué acercándose y abriéndose paso con su puñal, hasta ponerse frente á frente del capitán enemigo.

—¡Muera este bravo!, gritó Frasquito.

—Si, infame asesino; pero antes morirás tú de mis manos, replicó el padre de Clemencia disparando un pistoletazo, á dos pasos de distancia, sobre su adversario. Allí habría terminado la carrera de Frasquito, si una mano ágil y diestra, no hubiera hecho cambiar la dirección del tiro, descargando un fuerte golpe en el brazo del agresor.

En aquel instante reconocí á nuestro amo Genaro Chiabrera, que acababa de librar á Frasquito de una muerte segura é inevitable, si su poderoso esfuerzo no hubiese intervenido con tanta oportunidad.

—¡Qué veo!, gritó Frasquito, fijando su intensa y penetrante mirada sobre las desencajadas facciones de su adversario. ¿Es usted, señor D. Alvaro?

—Sí, yo soy, respondió con amargura el padre de Clemencia. Yo soy, verdugo infame, cobarde pirata, yo soy. Aquí me tienes en tus manos, asesino de mi honra y de mi familia. Di: ¿qué has hecho de mis hijas, después de haber dado muerte á aquella desventurada? ¿En dónde están Carlota y Refugio? ¿Han seguido por ventura las huellas de aquella infeliz y perversa criatura? Di, y mátame después, ya que no ha querido Dios vivo el que tomase venganza por mis manos.

En aquel momento descubría yo un misterio formidable, que me dejó pálido de terror. Aquel caballero era el desgraciado esposo de Doña Esperanza, y Clemencia era hermana de Refugio. ¡Santo Dios! ¡Qué verdad tan espantosa! Mudo de estupor, arrinconado junto á un ángulo de la escotilla, contemplaba silencioso aquel trance, en que los personajes de tan horrorosa historia se encontraban cara á cara, en medio de un

combate á muerte, rodeados de miembros palpitantes, y engolfados en alta mar bajo la influencia abrasadora del sol de los trópicos. Aquel suceso tenía un no sé qué de horriblemente fantástico, que helaba la sangre y horripilaba las carnes.

Frasquito llevó la bocina á los labios, y, con voz estentorea, gritó:

—¡Cese el combate!

Además de las niñas que se habían refugiado en la cámara, en donde yacían medio muertas de espanto en aquel momento, sólo quedábamos vivos sobre cubierta, D. Alvaro, dos marineros y yo. Los dos marineros, creyendo sin duda que se les reservaba para un suplicio mayor, se arrojaron al agua, y allí perecieron ahogados miserablemente, sin que persona alguna se dignase socorrerlos. Así terminaron el capitán, tripulación y pasajeros del bergantín "Jovial," muriendo como buenos á manos de aquellos infames malvados.

Don Alvaro, entretanto, permanecía enfrente de su adversario, dispuesto á resistir hasta el fin, y librar á su hija, si era posible, de caer viva en poder de aquellos desalmados piratas, entre los cuales habían muerto más de treinta en la refriega, y se abrasaban de una sed insaciable de venganza y carnicería. Cesó, pues, el ruido, y Frasquito se dirigió á D. Alvaro.

—Muchas preguntas me hace usted, caballero. ¿No conoce usted que ahora sólo debo contestar á las que yo quiera dirigirle?

—¿Aun intentas vilipendiarme, vil seductor? Hieres, mata, y revuélcate en mi sangre; pero antes te he de arrancar la lengua.

Dijo, y descargó una tremenda cuchilla sobre Frasquito, que apenas le hirió levemente el brazo.

—¡Eh! ¿No quiere usted escucharme?

—No, no, y mil veces no... salvaje... pirata... raptor... asesino... verdugo... ladrón... traidor...

Y á cada palabra, á cada denuesto, tiraba, uno en pos de otro, una multitud de tajos y golpes, que Frasquito, limitado sólo á la defensiva, evitaba con serenidad. Agobiado por la tenaz insistencia de su contrario, á quien suplicaba en vano se contuviese y se dignase escucharlo, exclamó en fin.

—¡Pues que Dios, y su fatal destino lo quieren, cúmplase su voluntad!

Y de agredido convirtiéndose súbitamente en agresor, se lanzó sobre su víctima ya mal herida, y clavándole su puñal en uno de los costados, hizo bambolear por un instante al buen caballero, que cayó por último bañado en su propia sangre. Hizo algunos esfuerzos por arrastrarse hacia la cámara, acaso para

dar muerte en persona á su misma hija; pero fué imposible.... A pocos instantes.... exhaló el último aliento invocando el nombre de Dios, y pidiendo perdón al cielo.

El pirata permaneció absorto contemplando atentamente la agonía de aquel esforzado caballero. Todos permanecían en silencio religioso, sin avanzar ni retroceder, esperando el término de aquella escena. Luego que espiró D. Alvaro, el capitán de los piratas dirigió una mirada siniestra sobre todos los que le rodeaban, y dejándola caer á plomo sobre la impasible fisonomía del italiano, parecía llamarlo en su socorro, porque indudablemente alguna cosa extraordinaria pasaba en lo interior de su conciencia. El italiano encogió los hombros, y se alejó de aquel sitio: por un momento me figuré que los remordimientos destrozaban aquel corazón de fiera, pero esto fué instantáneo. Pronto se disipó aquel tinte sombrío y melancólico que en su frente se ostentaba. Serenóse, y continuó dando sus órdenes con firmeza y sangre fría.

—¡Ea, avanzad! Tomemos posesión del buque, y procuremos, ahora mismo, reparar sus averías, antes que el viento del norte nos obligue á abandonarlo del todo. Pero no se olvide traer aguardiente. No hay que entrar en la cámara hasta